

riosus chorus, illic prophetarum exultantium numerus, illic Martyrum innumerabilis populus, ob certaminis, et passionis victoriam coronatus. Allí se ven brillar aquellas vírgenes sin número que triunfaron de todo el infierno junto; aquellas almas caritativas que socorrieron á los necesitados; todos aquellos héroes cristianos, que tanto se distinguieron en el continuo ejercicio de la mortificación, de la austeridad y de la penitencia. Sean, hermanos míos, todos nuestros suspiros (prosigue el mismo Padre) por la misma dichosa suerte; todos nuestros deseos, toda nuestra ambición y todo nuestro anhelo por merecer la misma recompensa. *Ad hos, fratres dilectissimi, avida cupiditate properemus et cum his citò esse, ut citò ad Christum venire contingat, optemus.*

Grandes apóstoles, gloriosos mártires, invencibles confesores, santas vírgenes, ilustres anacoretas, caritativos protectores de los hombres, á los que luchamos todavía con las olas en el golfo, y gemimos en el peligro, no nos bastan ni vuestros consejos, ni vuestros ejemplos, y tenemos aun necesidad de vuestra poderosa intercesión. Bien conocida teneis nuestra flaqueza, no ignorais las fuerzas de nuestros enemigos; alcanzadnos del Señor aquellos vigorosos auxilios que sabeis nos son tan necesarios. Conseguidnos la gracia particular de que jamás perdamos de vista lo que vosotros hicisteis por Dios, y lo que Dios está ahora haciendo por vosotros, para que enseñándonos vuestros ejemplos cómo debemos vivir, nos anime vuestra gloria á vivir como debemos.

HIMNO.

Placare, Christe, servulis,
Quibus Patris clementiam
Tuæ ad Tribunal gratiæ
Patrona Virgo postulat.

Et vos beata, per novem
Distincta gyros, Agmina:
Antiqua cum præsentibus,
Futura damna pellite.

Apostoli cum Vatribus,
Apud severum Judicem,
Veris reorum fletibus
Exposcite indulgentiam.

Vos purpurati Martyres,
Vos candidati præmio
Confessionis, exules

Muéstrate compasivo, y ten paciencia
Con tus siervos, oh Cristo, pues tu Madre,

Nuestra Abogada fiel, perdón al Padre
Pide en el tribunal de tu clemencia.

Y vosotros Ejércitos tan puros
En nueve hermosos Coros divididos,
Los males ahuyentad compadecidos,
Pasados, existentes y futuros.

Apóstoles, Profetas de verdades,
Al Juez recto, severo, justo y santo,
Para el reo que yace en triste llanto,
Suplicad el perdón de sus maldades.

Mártires con la sangre rubricados,
Confesores de Cristo esclarecidos
Con los premios, por tales, merecidos,

Vocate nos in patriam.

Chorea casta Virginum,
El quos eremus incolas
Transmisit astris, Cœlitum
Locate nos in sedibus.

Auferte gentem perfidam
Credientium de finibus;
Ut unus omnes unicum
Ovile nos Pastor regat.

Deo Patri sit gloria,
Natoque Patris unico,
Sancto simul Paraclito,
In sempiterna sæcula.

Amen.

A la Patria llamad los desterrados.

Coros castos de Vírgenes hermosas,
Y los que del destierro los rigores
Enviaron á los Astros moradores,
Sentadnos en sus sillas tan gloriosas.

Desterrad la perfidia y el engaño
Del término y distrito del creyente,
Para que así un Pastor tan solamente
A todos nos gobierne en un rebaño.

Sea gloria á Dios Padre omnipotente,
Al Hijo singular de él engendrado,
Y al mas divino Amor nuestro Abogado,
Por los siglos sin fin eternamente.

Amen.

SAN PEDRO DEL BARCO, CONFESOR.

SAN Pedro, cuyo sobrenombre de Barco tomó de un pueblo llamado así en el obispado de Avila, cerca del cual se ejerció en las prodigiosas obras que recomendaron su eminente virtud; nació en la villa de Tormillas de la misma diócesi de unas familias humildes, pero ilustres por su singular piedad. Criáronle sus padres segun el espíritu de la ley santa de Dios, enseñándole con sus saludables consejos y con sus ejemplos á que desempeñase el carácter de cristiano; é impresas en su tierno corazón las piadosas máximas de nuestra santa fe, aborreció desde su infancia aquellas vanas solicitudes y aquellas perversas costumbres que por lo regular adoptan los jóvenes, dando en lo mas florido de su edad ejemplo de modestia, de humildad y de piedad á todos los de su patria, y portándose siempre con aquel candor y con aquella santa sinceridad que el Señor inspira en las almas inocentes. Esparcióse la fama de la eminente virtud de Pedro por todos los pueblos de la comarca; pero aun cuando esta se hallaba aprobada por los varones mas prudentes, con todo no faltaron libertinos, que viendo su total distracción de los concursos del mundo y su devota sencillez, le tuvieron por simple y por mentecato, llegando su temeridad á burlarse públicamente del cándido joven.

Murieron los padres de Pedro, y como sus deseos no eran otros que separarse de los peligros del siglo, para atender únicamente al importante negocio de su eterna salvacion, se retiró á una selva cerca del Barco, pueblo del obispado de Avila, donde labró una humilde casa con ánimo de dedicarse todo á Dios, ocupándose en la oración y en la contemplación de las grandezas

divinas y de las verdades eternas. Vivió algun tiempo con aquel tenor de vida mas angelica que humana, y habiéndole ocurrido el pensamiento de desmontar una selva llena de robustos árboles y de espesas malezas lo puso en ejecucion, así para evitar el ocio en los ratos de descanso, como para que el terreno fuese útil á los naturales de aquel país. Logró el fin deseado á espensas de infatigables tareas; pero no por eso dejó la práctica de sus santos ejercicios, y con especialidad el de la contemplacion que era el fuerte de todas sus atenciones; disfrutando por su íntima comunicacion con Dios aquellos dulces consuelos que dispensa el Señor á las almas abrasadas en las llamas del amor divino.

Conservaba Pedro en el pueblo de su nacimiento la casa que heredó de sus padres, la que hasta hoy permanece, segun refiere la tradicion de los antiguos, y queriendo Dios conservarla por los méritos de su fidelísimo siervo, lo acreditó con el siguiente prodigio: tenia llena de lino una pieza de la misma casa el inquilino que la habitaba, y habiéndole prendido fuego una criada movida del odio que profesaba á su dueño, aunque comenzó á arder el lino con la mayor actividad, no causó el mas leve daño en aquella materia tan fácil de combustion.

Seguia el siervo de Dios alternando con sus santos ejercicios y con el desmante de la selva, y encendido como otro Pablo en vivísimos deseos de disolverse de los vínculos carnales, para unirse con el soberano objeto, que era el iman atractivo de todas sus atenciones, pidió al Señor con fervorosas oraciones que le concediese esta dicha; y habiendo sido oidas sus reverentes súplicas, le reveló Dios que le sacaria del destierro de esta vida mortal, cuando produjese vino la fuente cristalina que manaba cerca de la casilla que tenia en la selva, con la que regaba los arbolillos nuevos que plantó. Esperaba Pedro el cumplimiento del celestial aviso, y habiendo enviado á un criado, que siempre tuvo en su compañía, á que le trajese agua de la fuente, notó al tiempo de beberla, que era un generoso vino. Conoció el Santo la significacion de este misterio; pero queriendo certificarse mas, vertió el agua del cántaro, y volvió á enviar al criado á la misma fuente, siguiéndolo para ver si con efecto cogia el agua de ella. Viólo así, y probándola segunda vez, experimentó igual sabor de vino que en la primera. No le quedó duda entonces de que se acercaba la hora de su muerte, segun el anuncio que tuvo en la revelacion, y retirándose al pueblo de Barco para recibir los últimos sacramentos, murió despues de tres dias en el 1.º de noviembre á fines del siglo XI, segun el cómputo mas arreglado.

No tardó Dios en acreditar la gloria de su fidelísimo siervo con repetidos prodigios: tocáronse por sí mismas las campanas anunciando al pueblo el feliz tránsito de aquella alma dichosísima, y concurriendo todos los vecinos de Barco á la habitacion donde estaba el difunto, hallaron el venerable cadáver rodeado de un resplandor celestial, logrando con su contacto salud muchos enfermos. Voló la fama de estas maravillas á la ciudad de Avila, y queriendo apropiarse el cuerpo del siervo de Dios, se opusieron los de Barco á que se les despojase de tan precioso tesoro. Conviniéronse todos para imponer fin á la contienda en que se pusiese el cadáver en una yegua ó mula ciega, y que fuese de aquellos adonde le condujese. Ejecutóse así, y dirigiéndose el animal á Avila, entró en la iglesia de S. Vicente mártir, y tocando con la mano en una piedra, dejó impresa la herradura en ella y reventó inmediatamente. Convencidos todos á vista de este prodigio, que era la voluntad de Dios el que allí permaneciese, le dieron sepultura en la misma iglesia, donde se mantuvo por algunos siglos en el primer depósito, hasta que de él le trasladó D. Lorenzo Otahuo á un altar decentísimo que hizo fabricar á sus espensas con una efigie del Santo, en el que hoy se venera por todos los vecinos de Avila y de los pueblos de la comarca; y se acostumbra todos los sábados del año, que los clérigos de la iglesia de S. Vicente despues de vísperas concurren al altar del Santo á cantar su conmemoracion; y para su culto concedió el santo rey D. Fernando en el año 1252 los réditos de algunos pueblos; cuyo privilegio confirmó Alfonso IX y X, y tambien concedió otros Fernando IV en el de 1302.

La misa es en honra de la santísima Virgen y de todos los Santos, y la oracion la que se sigue:

Todopoderoso y sempiterno Dios, que nos concedéis la gracia de que celebremos los merecimientos de todos los Santos bajo de una sola solemnidad; suplicámoste que en atencion á tanta multitud de intercesores como ruegan por nosotros, derrames con abundancia en nuestros corazones los tesoros de tu misericordia. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 7 del Apocalipsi.

En aquellos dias: He aquí sello de Dios vivo: y clamó con que yo Juan ví otro ángel que una gran voz á cuatro ángeles, sabia del Oriente, y tenia el á los cuales se les encargó ha-

cér daño á la tierra, y al mar, diciendo: No queráis dañar á la tierra, ni al mar, ni á los árboles hasta que señalemos á los siervos de nuestro Dios en sus frentes. Y oí el número de los señalados 1440 sellados de todas las tribus de los hijos de Israel. De la tribu de Judá 1200 sellados: de la tribu de Ruben 1200 sellados: de la tribu de Gad 1200 sellados: de la tribu de Asser 1200 sellados: de la tribu de Néphthali 1200 sellados: de la tribu de Manassés 1200 sellados: de la tribu de Simeon 1200 sellados: de la tribu de Levi 1200 sellados: de la tribu de Isacár 1200 sellados: de la tribu de Zabulon 1200 sellados: de la tribu de José 1200 sellados: de la tribu de Benjamin 1200 sellados. Despues de esto

vi una turba grande, que ninguno podia contar, de todas las gentes, y tribus, y pueblos, y lenguas, que estaban delante del trono, y en presencia del cordero, vestidos con estolas blancas, y con palmas en sus manos, y clamaban en alta voz, diciendo: La salud sea á nuestro Dios, que está sentado sobre el trono, y al Cordero. Y todos los ángeles estaban al redor del trono, y de los ancianos, y de los cuatro animales, y se postraron en presencia del trono boca abajo, y adoraron á Dios, diciendo: Amen. La bendicion, y la gloria, y la sabiduría, y la accion de gracias, el honor, y la virtud, y la fortaleza (sean dadas) á nuestro Dios por todos los siglos de los siglos. Amen.

REFLEXIONES.

Vi despues una gran muchedumbre, que ninguno podia numerar, compuesta de todas las naciones, de todas las tribus, de todos los pueblos, y de todas las lenguas. ¡Cuánto nos debe consolar esta universalidad y esta multitud de santos! No hay incentivo mayor para animar nuestro aliento, para vigorizar nuestra confianza, para merecer nuestra fidelidad. Sin hablar ahora de mas de diez y siete millones de mártires, á quienes les pareció hacian poco ó nada en derramar su sangre, y en dar la vida por salvar sus almas: ¿quién podrá contar el número sin número de santos de todas edades, de todos sexos y de todo género de estados que vivieron perpetuamente entregados á la práctica de todas las virtudes, y á los penosos ejercicios de la mas rigida, de la mas severa penitencia? Et tu non poteris quod isti et istæ? Motivo justo para estimular nuestro pundonor á vista de aquellos héroes cristianos, y para decirnos á nosotros mismos llenos de aquella confianza que inspira en los corazones la gracia, ¿por qué no podré yo hacer para merecer el cielo lo mismo que hi-

cieron aquellas personas tan ilustres por su nacimiento, tan distinguidas por su dignidad, tan ocupadas por las obligaciones de su ministerio? ¿Aquellas jóvenes personas de todos sexos y de todas condiciones en la flor de su edad, ó aquellas otras ancianas en lo mas avanzado de su venerable senectud? ¿Acaso tuvieron ellas mayor interés en ser santas que el que tendremos nosotros? ¿Por ventura tendremos nosotros menos razones que tuvieron ellos para no perdernos? Muchos de ellos, corriendo por sus venas la mas ilustre sangre, renunciaron generosamente todas las ventajosas esperanzas de su alto nacimiento: colmados de bienes de fortuna, se redujeron voluntariamente á la mas estremada pobreza; y revestidos de las mas altas dignidades del mundo, se fueron á sepultar vivos en una profunda oscuridad. ¿Cuántas doncellas jóvenes y tiernas, adornadas con todos los atractivos del sexo, antepusieron el claustro á la engañosa libertad del siglo; y prefirieron el velo á las mas ricas coronas del universo? Era el cielo todo el objeto de sus ansias, y consideraban precisas todas estas heroicas acciones aquellas grandes almas; siendo todo su dolor no poder ofrecer á su Dios mayores y mas generosos sacrificios. No fué en ellos esta resolucion ni pusilanimidad, ni error, ni falta de espíritu. Querian ser santos á todo trance; y juzgaron debian pensar y decir con el Apóstol, que todo cuanto se puede hacer por Dios en este mundo, todas las incomodidades del tiempo presente, todos los rigores de la penitencia, todas las adversidades de la vida, no tienen proporcion con aquella gloria que es la herencia de los santos en el cielo, y que algun día será tambien la nuestra si queremos ser santos como lo fueron ellos. Confesemos, pues, que los santos obraron cuerdamente en hacer lo que hicieron: confesemos que léjos de parecerlos que habian hecho demasiado, ninguno de ellos dejaria de desear en la hora de la muerte haber hecho mucho mas: confesemos, en fin, que solo hicieron lo que debian hacer, y que no haciendo nosotros lo mismo nunca seremos santos.

El Evangelio es del cap. 5 de S. Mateo.

En aquel tiempo: viendo Jesus las turbas, subió á un monte; y habiéndose sentado, se llegaron á él sus discipulos. Y abriendo su boca, los enseñaba, diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, por-

que ellos serán saciados. Bien-justicia, porque de ellos es el
aventurados los misericordios-reino de los cielos. Bienaventu-
sos, porque ellos conseguirán-rados vosotros cuando os maldij-
misericordia. Bienaventurados-eren, y os persiguieren, y di-
los limpios de corazón, porque-geren contra vosotros falsamente
ellos verán á Dios. Bienaventu- todo género de mal por causa
rados los pacíficos, porque se- mia: alegraos y regocijaos, por-
rán llamados hijos de Dios. que vuestro premio es grande
Bienaventurados los que pade- en los cielos.

MEDITACION.

De la fiesta de todos los Santos.

PUNTO PRIMERO.—Considera que los Santos fueron lo que nosotros somos; y nosotros podemos ser lo que ellos fueron. No hay ni puede haber suerte mas dichosa que la suya; pues tal puede ser la nuestra. Por grandes que hubiesen sido sus deseos, están abundantemente saciados y satisfechos; gozan todos los bienes que podían desear, pues poseen hasta el mismo manantial de todos los bienes. Su bienaventuranza es perfecta, su felicidad consumada; nada les resta ya que pueda ser objeto de sus deseos. Son verdaderamente bienaventurados, saben que lo serán, y están bien seguros de que nunca lo dejarán de ser. ¿Donde hay felicidad, donde hay alegría mas llena, dicha mas perfecta? ¡Buen Dios, qué gloria mas digna de nuestra ambición! La corona que ellos merecieron, es la misma que se nos ofrece á nosotros en premio de nuestros trabajos. Al mismo dueño servimos: si aspiramos al mismo premio, imitemos sus ejemplos. Los mismos enemigos tuvieron que nosotros, y nosotros tenemos la ventaja de saber como los vencieron ellos; las armas son las mismas, los auxilios los propios, y la carrera es la misma. Ellos la siguieron con honor; ¿quién nos quita á nosotros poner los pies en las huellas que nos dejaron estampadas? No se hallará un solo hombre que no diga que quiere ser santo; pero ¡ay Dios mio! cuando se considera la estrema desproporcion que se encuentra entre la conducta de los Santos y la nuestra, es preciso decir una de dos: ó que ellos hicieron demasiado, ó que nosotros no hacemos lo bastante para serlo. Si aquellos hombres tan prudentes y tan iluminados erraron el camino, siguiendo una ruta tan diferente de la nuestra, ¿á qué fin hemos de marchar nosotros por un sendero tan estrecho, descubriéndonos

una calzada mas espaciosa y no menos segura? ¿Será posible que todos ellos hubiesen ignorado el gran arte de hacerse Santos á poca costa? Y si le supieron, ¿no es gran locura declamar tanto contra los que se aprovechan de él? Es cierto que ellos vivieron con hombres que seguian un camino semejante en todo al nuestro, y que censuraban el suyo; ¿pues no fué una temosa estravagancia encapricharse en gritar hasta la muerte, que no podia ser cristiana una vida mundana y regalona; que la vida holgazana, irregular y tibia lleva á la perdición? Los Santos no fueron de otra religion, ni tuvieron otro Evangelio que el nuestro: no hizo Dios preceptos particulares para ellos, ni esperaron otra recompensa de sus buenas obras. Instruidos nosotros en la misma escuela y aleccionados por un mismo maestro, creemos lo mismo que ellos creyeron, aprendemos la misma doctrina que aprendieron, y aspiramos á la propia corona á que aspiraron; ¿pero es nuestra vida semejante á la suya? ¡Mi Dios! una diferencia tan palpable, tan enorme de conducta y de costumbres ¿nos prometerá igual ó semejante destino?

PUNTO SEGUNDO.—Considera hasta donde llega nuestra imprudencia, ó por mejor decir, nuestra locura. Todos convenimos en que los Santos obraron cuerdamente en vivir como vivieron; y á la verdad, ¿como es posible hacer demasiado para evitar una eterna desdicha, y para asegurar una felicidad eterna? Luego nosotros somos unos insensatos si nos persuadimos que nos salvaremos sin hacer lo que ellos hicieron, y aun haciendo todo lo contrario. Ellos quisieron ser Santos: bien; ¿pero qué queremos ser nosotros, ni qué podemos esperar ser, pareciéndonos tan poco á ellos? Dirás, es menester ser un hombre santo para hacer lo que hicieron los Santos. Arguyes mal; antes has de discurrir al contrario: es menester hacer lo que hicieron los Santos para ser Santo. Vamos de buena fe; cuando se nos ofrece á la consideracion aquella vida arreglada y ejemplar, aquella vida pura y penitente, aquella vida devota y fervorosa que hicieron los Santos en el mismo estado, y muchos de ellos en la misma edad en que nosotros nos hallamos, ¿no nos da gana de preguntar si los Santos fueron de todas las edades y de todos los paises? ¡Cual fué su pureza de costumbres! ¡con cuánto horror miraron el pecado! ¡qué distantes vivieron del espíritu del mundo, de sus máximas, de sus fiestas y de sus diversiones! Vigilantes siempre contra todo lo que podia manchar la limpieza de su corazón; siempre atentos al mas exacto cumplimiento de sus mas mínimas obligaciones: ocupados siem-

pre en el importante negocio de su eterna salvacion: cada dia mas aplicados y mas fervorosos en el ejercicio de una oracion casi continua: rígidos y austeros hasta en las necesidades mas indispensables de la vida: ¡qué guerra no hicieron perpetuamente á sus pasiones y á sus sentidos! ¡qué mortificacion tan constante y tan universal! ¡dejarse ver ellos en los espectáculos profanos! ¡Si por cierto! les parecia que se equivocaban con los gentiles, y que hacian un insigne agravio al nombre de cristianos! ¡Pero con qué reserva procedian en todo lo que podia alterar la caridad! ¡qué devocion tan tierna era la suya! ¡qué conciencia tan delicada! Todo su gusto era padecer trabajos: ocupabales todo el tiempo el pensamiento de la eternidad, y no acertaban á comprender como el corazon hecho para Dios podia encontrar consuelo ni descanso en las criaturas. Esto es en parte lo que fueron los Santos. Admirámonos de lo que hicieron; ¿pero acaso podian ellos hacer menos para ser Santos? Mas nos debiera admirar que lo hubiesen sido haciendo lo que nosotros hacemos. Y bien; ¿qué concepto formaríamos de la santidad y de nuestra religion, si leyendo las historias de los Santos, y hablando que su vida habia sido tan imperfecta, tan inmortificada, y tan sensual como la nuestra, todavía los considerásemos dignos de nuestra veneracion y de nuestro culto? Confesemos que nosotros mismos somos una estraña paradoja. Una doncella mundana pasa la vida en continuas diversiones, en el juego, en los pasatiempos, no encontrando gusto sino en las galas y en la profanidad. Hace melindres de los platos mas delicados: se dispensa en el ayuno y aun en la abstinencia: la comida de vigilia no la asienta, la causa horror, y está como sumergida en las delicias de la vida; mientras que otra hermana suya mas jóven, mas inocente y mas delicada que ella, encerrada en la soledad que escogió, y sepultada en un claustro, pasa los dias en continuo ayuno, macera su tierna carne con rígidas penitencias, y está dedicada al ejercicio de una perpetua mortificacion. Sin embargo, ambas confian ir al cielo, ambas esperan la misma felicidad; porque al fin no hay medio entre la salvacion y la condenacion eterna.

¡Oh Señor, y qué grandes, qué importantes lecciones nos da esa gloriosa multitud de todos los Santos! ¡qué inexcusable y qué poco racional hace nuestra vergonzosa cobardia! ¡qué sangrientas, pero qué justas son todas sus reconvenciones! Mientras yo consulto, mientras yo presto atencion á sus ejemplos, prestad vos benignamente vuestros oidos á las súplicas que ellos os harán por mí. No pueden menos de compadecerse tiernamente de mis

descaminos y de mis miserias, interesándose tanto como se interesan en mi salvacion. Resuelto estoy á imitarlos y á seguirlos mediante vuestra divina gracia, que os pido, poniéndolos á ellos por intercesores míos. Suplicámoste, Señor, que en atencion á tanta multitud de intercesores como ruegan por nosotros, derrámeis con abundancia en nuestros corazones los tesoros de vuestra misericordia: *quæsumus, ut desideratam nobis tuæ propitiatis abundantiam; multiplicatis intercessoribus largiaris.*

JACULATORIAS. — ¡Oh, Señor, qué consuelos, qué dulzuras teneis reservadas para todos los que os temen! (*Psalm. 30.*)

Olvideme yo de mi misma mano derecha si me olvidáre jamás de tí, ó Jerusalem celestial. (*Psalm. 136.*)

PROPOSITOS.

1 No hay edad, condicion, ni estado; no hay reino, provincia, pueblo ni aun familia donde no haya habido algunos santos. Pon los ojos en aquellos que lo fueron dentro de tu estado, y sirvante de modelos. En esta misteriosa variedad de bienaventurados resplandece la providencia de nuestro Dios, igualmente amable que adorable. Formó santos de todas especies y de todas condiciones, no solo para que ninguno pudiese justamente imputar á su profesion la relajacion de su vida, sino para que no hubiese siquiera uno á quien su misma profesion no presentase un vivo retrato de la virtud y de la santidad que es propia de ella; ¿pues qué excusa podrás alegar para no ser santo? No te contentes con admirar, con aplaudir, ni con honrar á los Santos; resuélvete á imitar sus ejemplos. No dejes de leer ó de hacer que se lea delante de toda la familia la vida del Santo que celebra la Iglesia en aquel dia; pues en todas hallarás asunto á la edificacion, y materia para el ejemplo. Con este espíritu has de leer en sus vidas, en la inteligencia de que el ejemplo es el que hace mas impresion en los corazones. No pares la atencion en lo maravilloso, sino en lo práctico: esto fué lo que á ellos los hizo Santos, y esto es lo que mas contribuye á que tambien lo seamos nosotros.

2 A todos los Santos has de honrar hoy con mayor devocion; pero particularmente y sobre todo á aquellos que son menos conocidos en el mundo, singularmente á los de tu condicion y tu familia, sin perder de vista los amigos domésticos y conocidos tuyos que tienen la dicha de gozar de Dios en el cielo. No se estingue en él la caridad, antes se aviva y se enciende mas, por

lo que te has de encomendar mas particularmente a su intercesion. Aunque tú ignoras su nombre, no olvidaron ellos el tuyo; y si te amaron cuando vivian en la tierra, es mucho mas puro y mas benéfico el amor que te profesan en el cielo. Cuando vivian entre nosotros, se interesaban con empeño en todas tus cosas: ahora conocen mejor tus necesidades, tienen valimiento con Dios, están solícitos de tu salvacion; pues empéñalos mas, mediante tu veneracion y tu culto, mediante tus oraciones y tus buenas obras para que intercedan por tí con el Padre de las misericordias. Siendo el dia de hoy uno de los mas solemnes del año, santificalo con todo género de ejercicios de virtud.

DIA II.

MARTIROLOGIO.

LA CONMEMORACION DE TODOS LOS FIELES DIFUNTOS. (*Véase su historia hoy.*)

EL TRÁNSITO DE SAN VICTORINO, obispo, en Poitiers, en el mismo dia; el cual, despues de haber escrito muchas obras, segun el testimonio de S. Jerónimo fué coronado con el martirio durante la persecucion de Diocleciano. (S. Jerónimo llama á este Padre una de las basas ó columnas de la Iglesia, y nos dice que sus obras fueron sublimes en sentido y sustancia, aunque su estilo latino era bajo, porque era griego de nacimiento. Profeso la oratoria en alguna ciudad de Grecia; mas considerando la vanidad del mundo, consagró su ciencia á la religion, y fué hecho obispo de Pettau en la Panonia superior, ahora Siria; siendo indudablemente equivocacion del Martirologio señalarle obispo de Poitiers. Este Padre escribió contra las mas de las herejias de su siglo, y florecia por los años de 290. *Butler.*)

EL MARTIRIO DE SAN JUSTO, en Trieste, durante la misma persecucion, siendo presidente Manacio. (Despues de azotado, fué arrojado al mar.)

LOS SANTOS MÁRTIRES CARTERIO, ESTIRIACO, TOBIAS, EUDOXIO, AGAPITO, Y SUS COMPAÑEROS, en Sebaste, en tiempo del emperador Licinio. (Servian estos Santos en los ejércitos romanos, y se hallaban en Sebaste cuando por disposicion del presidente Marcelo, fueron presos por ser cristianos, luego azotados, y últimamente puestos en una hoguera, donde recibieron la palma del martirio.)

LOS SANTOS MÁRTIRES ACINDINO, PEGASIO, ASTONIO ó AFTONIO, ELPIDÉFORO Y ANEMPODISTO, CON OTROS MUCHOS COMPAÑEROS, en Persia. (Vivian los dos primeros en Persia, como ermitaños, aunque salian de su retiro para instruir en la fe á los pueblos inmediatos. Fueron presos por orden del rey de Persia, y los azotaron, y los metieron en una caldera de plomo derretido, de la cual salieron ilesos. A vista de